

ques “modernos”, “de cobre”, permite ver el enfrentamiento entre dos concepciones del cuerpo y de la higiene, pero también entre oficios y técnicas divergentes, los unos forjados con la asesoría de discursos sabios, los otros herederos de tradiciones populares heredadas quizá de la época precolombina.

La antigua práctica de la historia de las ideas podía utilizar expresiones simplificadoras como “la química de la época” (pág. 41) para despachar de un plumazo la complejidad de discusiones, debates, discontinuidades que enfrentaban a varios científicos en un momento dado y que permitieron, por ejemplo, el surgimiento de la química moderna en la obra de Lavoisier. Mutis no pareció conocer directamente los escritos de Lavoisier, ni su ruptura contra la teoría del flogisto, aunque sí parece haber tenido acceso directo a Priestley. La comprensión mutisiana de las innovaciones de estos dos químicos, sobre todo en cuanto al “descubrimiento de los mecanismos de la combustión” (págs. 37-38) y a los de la respiración animal y vegetal, siguen siendo un misterio, pues el estudio de Alzate no permite saber si Mutis entendió o no el descubrimiento del “gas oxígeno” (nombre asignado por Lavoisier, en su nomenclatura moderna de los elementos, al “aire desflogisticado” de Priestley). A esta importante discusión de historia de las ciencias, lo único que aporta el trabajo de Alzate es que Mutis conoció a Lavoisier a través de Chaptal (pág. 41). La historiografía no había mostrado al vulgarizador Jean-Antoine Chaptal como fuente de Mutis. Pero este pequeño hallazgo se ve descompensado por un pie de página desafortunado (22, pág. 41) que dice que fue el químico francés Chaptal “quien introdujo en su país el sistema métrico decimal”, cuando es sabido que este sistema, base del sistema internacional actual, fue concebido en Francia por un equipo de científicos (entre ellos Lavoisier) que trabajó en él entre 1890 y 1899.

La publicación de este libro sería aún más importante si sus logros y sus defectos suscitaban debate. Has-

ta la página 42, se trata de un ejercicio de historia de las ideas; es decir, localizable en una vieja tendencia historiográfica. De la página 43 hasta el final, es un ejercicio lúcido de historia contemporánea sobre políticas de salud y demográficas del siglo XVIII neogranadino.

JORGE HUMBERTO
MÁRQUEZ VALDERRAMA

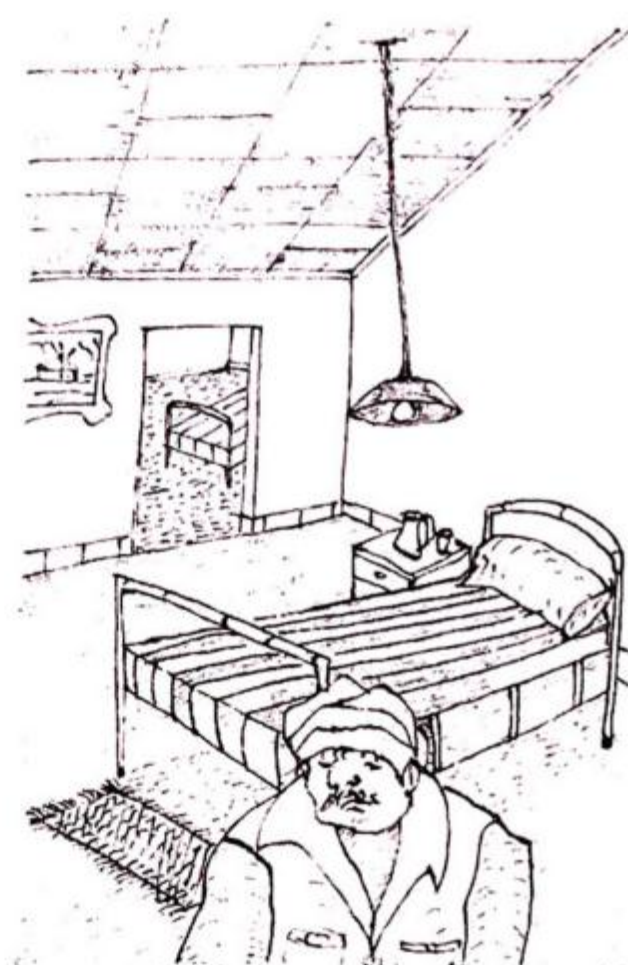
1. Prefiero hablar con Michel Foucault y Eduardo Subirats de *Aufklärung* y no de Ilustración, para evitar así las confusiones denunciadas por estos autores: M. Foucault, “Un cours inédit: qu’est ce que les Lumières?”, *Magazine Littéraire*, mayo de 1984, núm. 207, págs. 34-39 (hay traducción al español publicada por la Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín). E. Subirats, *La ilustración insuficiente*, Madrid, Taurus, 1981.
2. Immanuel Kant, *Was ist Aufklärung?*, 1783.
3. Michel Foucault, “Omnes et singulation, hacia una crítica de la razón política”.

Leer: investigar; crear: fabular

Descubro, con el asombro del mucho tiempo transcurrido, cómo algunos de mis libros de ensayos se titulan *La alegría de leer* (1976) y *Leyendo América Latina* (1989). Como la recopilación de artículos dispersos que hice para la Biblioteca Ayacucho de Caracas del más universal de los críticos colombianos, Baldomero Sanín Cano, se llama *El oficio del lector* y como los tres tomos que editó el Instituto Caro y Cuervo con la más amplia recopilación de trabajos críticos sobre José Asunción Silva, que preparé, se titulan *Leyendo a Silva* (1994-1997) —el título por cierto, de uno de los más bellos poemas de Guillermo Valencia—.

Lecturas: relecturas. Siempre me veo a mí mismo, en la lejanía, con un libro entre las manos. Cuando niño los tomos verdes de *El tesoro de la juventud* o los tomos rojos del *Libro de nuestros hijos*. En alguno

de ellos, una punzante sed de aventuras que se encontraba ambientada en el exótico marco de una Granada árabe, con sus patios de piedra por donde corrían las acequias rumorosas de agua y por donde se asomaban, incitantes y descalzas, las sombras de las odaliscas.



Ya había allí dos elementos que se dan siempre en esa aventura que nunca concluye: la lectura. Son ellos el deseo y el viaje. El salirnos de nosotros mismos y el explorar otros mundos. El internarnos en lo desconocido y el descubrir otros cuerpos, de papel, de letras, de imágenes, de calor y frío, que debemos recorrer como quien palpa un mapamundi.

En una novela de Evelyn Waugh el protagonista abandona la monótona cárcel de su rutina, Londres, y huye hacia las selvas tropicales de Suramérica. Allí es capturado y retenido para siempre por otro inglés que perdido en esas junglas sólo ansía una cosa: que alguien le lea, en voz alta y para toda la eternidad, todas y cada una de las novelas de Charles Dickens. Así se castigarán las frivolidades y adulterios de aquel atolondrado. Por su parte, el naufrago en la selva sólo ansía volver a escuchar las palabras primordiales que oyó en la infancia. El condenado odiará a su verdugo pero terminará perdido en el deleite de la fábula que descifra para el otro y a la vez escucha para sí mis-

mo. En dicha penitencia encontrará su absolución.

Redención y castigo, la lectura es circular y a la vez infinita. Si la inicia por casualidad, cualquier día, estará compelido a continuar con ella hasta el fin de los días. Un libro nos remite a todos los libros. Dante y Shakespeare nos llevan a la *Odisea* y a la Biblia del mismo modo que Kafka y Borges aluden a la tradición de los cuentos jásídicos o a las baladas en anglosajón antiguo. Todo alude a todo en una red tan ceñida como airoso. Lo importante, entonces, es comenzar a considerar la lectura como un palimpsesto de infinitas reescrituras.

nes de los múltiples lectores ponen en duda ese cuerpo sólido y lo sumergen en el mar musical de las diversas voces. Allí donde nuestro matiz dentro del coro es sólo uno más que teje variaciones sobre José Asunción Silva o Jorge Luis Borges, sobre Álvaro Mutis o sobre Gabriel García Márquez, sobre Germán Arciniegas o sobre Aurelio Arturo, esas diversas partituras redactadas para que bordemos arpegios sobre las lecturas que ellos, a su vez, han hecho del mundo.

En 1997 publiqué en la Editorial Temas de Hoy un libro titulado: *Para llegar a García Márquez*, un recorrido muy personal por toda la obra de

nado su enfoque. Estos y otros debates pueden seguirse en: *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, 2 volúmenes, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995. ¿La conclusión? Debemos leer pero también hacer como si prescindieramos de lo que tantos otros, antes de nosotros, han consignado sobre lo que leían. Hay que citar hasta olvidar. Hasta borrar lo que nos entorpece la visión con sus vaivenes y desvaríos interpretativos. La lectura es una aventura personal donde quizás encontremos respuesta a preguntas que son únicas por ser nuestras sin olvidar que cuanto le sucede a un hombre le ocurre a todos los hombres.

Sin olvidar tampoco aquello de como al ser las historias sólo cuatro siempre estaremos creándolas y recreándolas de forma a la vez obsesiva y novedosa. El hombre que viaja en pos de una quimera y el hombre que regresa para contarnos lo que halló y al final no encontró en su búsqueda fallida. La ciudad que defienden hombres valientes y el sacrificio de un dios.

En definitiva: la mujer y el tiempo. La pasión que le da forma a la novela y el olvido que la desvanece. De ahí esas metáforas recurrentes de la vida como río y de la rosa que es tan efímera como eterna. Del espejo que nos refleja y del espejo que nos absorbe para siempre: ya no nos vemos. A partir de ese agujero negro brotan los textos que nos deslumbran con su verdad inédita. Con su luz ciega.

II

Por ello investigar, en literatura, es inventar el pasado. Es dilatar el fugaz presente con la insospechada amplitud desconocida de lo que fue y ahora yace sepultado. Es un acto de fidelidad minuciosa con la que aparenta estar muerto, conservándolo en su mejor forma, pero es también un intento de creación, arbitraria como todas ellas, para trazar el imprevisto mapa de una provincia desconocida. Ese tiempo que fue y el cual nos revela ahora sus grietas y sus esplendores gracias a esa meta-



Máxime en nuestros días donde nadie puede proclamarse el rojo Adán del primer día ni saborear con inocencia las doradas manzanas del Paraíso. Entre nosotros y el mundo se interponen, para comenzar, los 2.000 años de nuestra cronología o quizá, con mayor precisión, las mil y una noches de esa fabulosa tradición oral que inventa los cuentos del hombre que vivió varios días atrapado en el vientre de la ballena o de la lámpara maravillosa que pone genios al servicio de nuestras expectativas.

Aquí también se da el paso insensible, hacia atrás, de una tradición escrita a una tradición oral. Sólo una vez leído en voz alta el poema comienza a vivir en su integridad. Lo que está fijo, lo que está codificado, la letra de la ley impresa que se decreta inmodificable, puede comenzar a cuestionarse, a disolverse, a medida que las diversas entonacio-

nuestro premio Nobel. Los apuntes que habían ido surgiendo a lo largo de los años en torno a sus novelas y cuentos y a sus posturas políticas, quise, por honestidad intelectual, confrontarlos con lo que tantos otros, en tantas lenguas, habían opinado sobre su obra. Caí, en verdad, en la manigua voraz de la guerra salvaje de las interpretaciones. Que si su visión era la de un intuitivo que dejaba atrás la cuadrícula racionalista del mundo o que si, por el contrario, no era más que un hábil ensamblador que con su fórmula del realismo mágico revendió a los interesados lo mismo que ellos habían impuesto con exotismo. Que si en la forma en que contaba era más decisivo el tono imperturbable con que su abuela describía lo absurdo cotidiano o si en realidad los diversos puntos de vista que Virginia Woolf utilizaba en *Las olas* para contar la misma historia había determi-

morfosis con que el ojo intruso despeja el polvo acumulado.

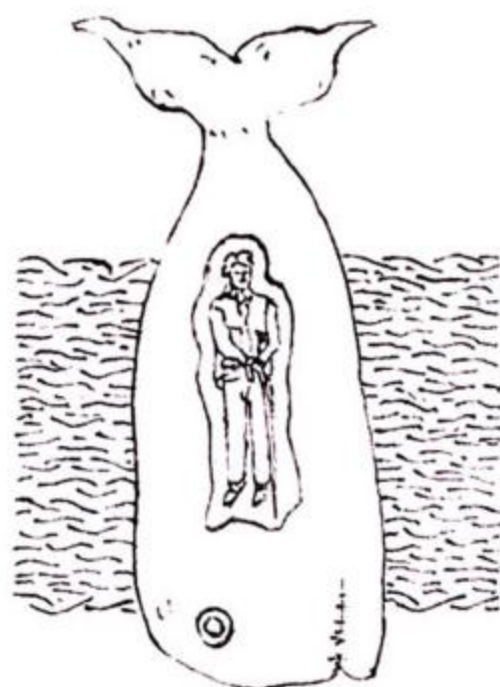
Quizá todo empezó cuando el crítico uruguayo Ángel Rama, como director literario en la Biblioteca Ayacucho, me sugirió impositivamente, ocuparme del tomo dedicado a Baldomero Sanín Cano. Elusivo y perezoso, yo había insinuado el inabarcable don José María Vargas Vila, leído en todo el continente. Rama apuntaba, dentro de la revisión de los fundadores del ensayo en nuestra América —Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas— hacia la renovada lectura de una obra que curiosamente era pública pero que al mismo tiempo permanecía evidentemente soslayada.

Sus libros, con paciencia, era factible conseguirlos. Sus innumerables artículos parecían en principio susceptibles de ser agrupados, pues como editorialista de *El Tiempo* de Bogotá los publicaba con su firma y varios, en todo el continente, eran reproducidos. Además, de José Carlos Mariátegui a Francisco Romero, de Gabriela Mistral a Luis Alberto Sánchez, los reconocimientos a su tarea eran múltiples y enaltecedores. Pero en realidad Sanín Cano no existía: había desaparecido.



Por un acto de prestidigitación, típico de nuestro amnésico país, nadie parecía saber muy bien el lugar que Sanín Cano ocupaba y hasta qué punto se conservaba vigente su legado. Por ello cualquier lectura, cualquier investigación literaria, terminaba por crear un nuevo mito y fabular una presencia cuya imagen debería resultar perdurable. Todo

ello a partir de un juicio de valor donde se discerniese cuanto quedaba vigente en medio de tanto terreno baldío y tanto comentario pletórico de tumbas huecas.



No se trataba sólo de restablecer un itinerario o reconstruir, con minucia, una cronología que en el caso de Sanín Cano pudiera resumirse en un lacónico: “leyó, escribió, viajó y comprendió”. No se trataba, tan solo, de rescatar tantas hojas dispersas caídas en las catacumbas mohosas de nuestras hemerotecas, sino una vez acopiados todos los datos y salvados todos los textos legibles, revisar a la luz de nuestras obsesiones actuales la pertinencia de este legado. Su nuevo nacimiento o su definitiva muerte.

Esta tarea, que nos puede llevar por varios continentes e importunar a demasiados amigos, para obtener quizá una columna aparecida en *La Habana* (sobre Varona), en ciudad de México o en Buenos Aires, como me pasó con Sanín Cano, nos arroja a una perplejidad que en el año de 1999, cómo no, dedicado a Borges, sólo puede designar como la perpetua sorpresa ante el eterno retorno. Investigar, en el campo literario, es descubrir la historia y ver salir, tercos e intimidantes, los seculares fantasmas que acechan el trabajo intelectual en nuestro medio.

III

Pero toda investigación, como ésta que por décadas hemos hecho asediando a Sanín Cano, merodeándolo y prosiguiendo, en alguna forma,

las ramificaciones que él mismo propone, debe concluir, no en una respuesta, en un saber fijo, sino en la metáfora de una figura.

Hacia el pasado: José Asunción Silva; hacia el futuro: Germán Arciniegas. Cruce de caminos, Sanín Cano se sitúa como el primer lector. El lector por antonomasia. Y la lectura como profesión. Con él se inicia la stirpe de unos pocos hombres dedicados simplemente a cifrar y descifrar el mundo.

El hombre que durante toda su vida invirtió una parte sensible de sus en muchas ocasiones modesto salario en importar libros en por lo menos cinco lenguas que conocía —francés, alemán, italiano, inglés, danés— y transformar el hedónico egoísmo de esa apropiación individual en la generosa redistribución colectiva con que en el diario, la revista, o la tertulia, los glosaba, los compartía. De Lytton Strachey a Georges Brandes. Todo ello en un medio donde sus rivales ideológicos como Luis María Mora ironizaban sobre esos libros que sólo él conocía y esos autores a quienes presumiblemente Sanín Cano había inventado.

De ahí ese sano afán de universalidad y la paulatina ampliación de un espacio propio en el cerrado coto clerical e hispanizante que constituía nuestra pequeña república literaria. Al agonizar el siglo XIX, en una minoritaria revista francesa, un ensayista polaco dedica unas páginas a un filósofo alemán. En una remota capital suramericana un poeta bogotano cargado de deudas y un maestro de escuela que era el administrador del tranvía de mulas traducen y comentan esas páginas. El triángulo, lo habrán intuido, se llama Nietzsche-Silva-Sanín Cano. De allí surgirán poemas y ensayos. La traducción como camino a la creación.

También se da, cómo no, la investigación como paso previo a la creación. Todos hemos leído *El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez. Todos sabemos de las minuciosas pesquisas que García Márquez realizó, sin ninguna formación de investigador y sin ningún título de doctor en historia, para abar-

car a Bolívar y su mundo. Pero lo importante eran los días en blanco, en que Bolívar iba hacia la muerte, Magdalena abajo. Días sobre los cuales no había ninguna documentación, ninguna carta del prolífico corresponsal que era el Libertador.

tierra de origen. Al ordenar estos tres volúmenes, como también en los tres referidos a Silva, adensábamos el menguado caudal de nuestra reflexión crítica y si bien pagábamos el inexorable peaje a las modas académicas, inevitables, al parecer, para

var, una carta fechada en Cartagena de Indias, que esclarecerá por fin el soterrado y aún inexplicado duelo silencioso entre Bolívar y San Martín sobre quién debe culminar la campaña libertadora que termine con el dominio español en América del Sur. Quien, en definitiva, se quedará con el triunfo.

Vence, entonces, quien ha leído mejor a Schopenhauer¹, pues asume de antemano que la realidad, ese sueño de nuestra mente, se conforma a la voluntad del más fuerte y decidido. La crea con su anhelo y su sed de dominio.

Por ello las guerras de independencia, las figuras de Bolívar y San Martín, la novela de Conrad, *Nostromo*, que brinda la topografía del cuento, el sinuoso bizantinismo de ese no dicho y eludido duelo a muerte, encierran crímenes en una nota a pie de página y albergan asesinatos en una referencia bibliográfica. Las pasiones mentales pueden llegar a ser más siniestras que la ciega reacción física al responder con una cuchillada a un agravio. Al resolver con sangre un silogismo enrarecido. El pasado no ha dejado de existir: basta con leerlo, investigarlo, crearlo de nuevo, para que las fábulas que de allí emanan nos desconcierten con su virulencia.

IV

Bastaría con pensar en el debate en torno al pasado nazi de Heidegger, donde la investigación para hacer hablar al archivo y poner en funcionamiento la película de una memoria silenciada, obliterada, interesada o piadosamente deformada se convierte en los libros de Víctor Farías, George Steiner, Rüdiger Safranski o en los trabajos de Danilo Cruz Vélez al respecto (*El mito del rey filósofo*, Bogotá, Planeta, 1989) en un debate ético. En un juicio que va más allá de la confusión entre política y filosofía. O, como vimos antes, entre literatura e historia.

Si la investigación busca el saber y hace del conocimiento una utopía renovada con cada avance parcial, ella también se halla marcada por aquel dilema con que la aparente



Es en esos días que transcurre la novela. Es ese vacío el que debe llenar la escritura, inventando lo que no existe a partir del acumulado caudal de datos ciertos: el Bolívar mulato, mal hablado, rencoroso al perder en las cartas, galante con las damas y visionario obsesivo de su sueño frustrado de integración americana. Todo ello puede precipitarse, a través del ejercicio de la escritura, como una mezcla aleatoria de los más variados químicos, para entregarnos la cristalizada figura de un nuevo Bolívar.

Un Bolívar que no es el de Indalecio Liévano Aguirre, ni el de Salvador de Madariaga, ni el de Gerhard Massur, sino a la vez el nuevo y viejo Bolívar que desmontan historiadores o críticos como Enrique de Gandia, Germán Colmenares, Salomón Kalmanovitz o Roberto González Echavarría. Una novela única y un debate renovado, tal como lo atestiguan los dos tomos del *Reperitorio crítico*, ya mencionados y el volumen que editó Siglo del Hombre: *Gabriel García Márquez, testimonios sobre su vida, ensayos sobre su obra* (1992) donde, por fin el análisis mundial sobre esta narrativa resultaba accesible en su propia

sobrevivir y medrar en el escalafón universitario, también lográbamos hacer más exigentes nuestras percepciones al confrontarlas con otros puntos de vista.

No sólo estructuralismo, marxismo, teoría de la recepción, feminismo, oralidad, deconstruccionismo o posmodernismo, sino también agudos ejercicios de lectura que enriquecen y vuelven simultáneamente translúcido e impenetrable, a ese ser histórico trocado en ente de ficción. El Bolívar de García Márquez es quizás el suyo, el que nosotros leímos, las polémicas que circundaron su renacer narrativo y el olvido que en definitiva purificara su perfil y nos brindara el autoconocimiento que el propio Bolívar, a través de su criado, nos ofrecerá sobre sí mismo —y sobre cualquier ejercicio de comprensión crítica: “Lo que mi señor piensa, sólo mi señor lo sabe”.

Por ello la culminación natural de este apartado nos lleva hacia un texto como “*Guayaquil*” de Jorge Luis Borges, donde dos profesores-historiadores, uno argentino, el otro alemán, se enfrentan en una feroz dialéctica de buenos modales para saber quien, en definitiva, viajará a revisar unos papeles de Simón Bolí-

neutralidad aséptica oculta el riesgo, la caída, el dilema ineludible, y el juicio acerbo. Allí donde el perdón y la condena, como en el caso de Antígona y Crieón, vuelven a existir siempre y cuando la escena se repita. Y la escena, confrontando la ley de la ciudad, revive con cada injusticia, cada día.

Recordemos el libro de Jacques Derrida: *Memorias para Paul de Man* (1986) donde la figura del gran crítico literario belga que con tanto tino y agudeza había renovado nuestras opciones de lectura en trabajos como *Visión y ceguera* (1971) y que parecía tan cercano amigo de Derrida, resulta de pronto un ser ajeno. Un ilustre desconocido que a los 21, 22 años firmaba artículos antisemitas en un diario belga confiscado y orientado por los nazis. Las fotocopias de un investigador desenterraron aquella bomba ignorada y su explosión volvía añicos la traducción, al inglés, de la deconstrucción francesa, y el mimético *stablishment* universitario en Estados Unidos. La historia reaparecía con su incómoda ambigüedad terrible.



Hay que ver la prudencia comprensiva y la vacilante matización con que Derrida aborda esos aspectos que nerviosamente se agitan ante sus ojos, Lázaros resurreptos de una tumba hirviente: los campos de concentración nazi.

El exterminio judío, no pedido por Paul de Man pero si sugerido indirectamente en su idea de confinar todos los judíos en una región determinada.

La investigación literaria se ha trocado en debate ideológico y exorcismo político. En las luchas por in-

clinar un sentido y exponer a la luz un cadáver guardado en el armario. El sumergirnos de nuevo en las turbias aguas de la política. Trátese de los dos tomos que he dedicado a Germán Arciniegas —*Arciniegas de cuerpo entero* (Bogotá, Editorial Planeta, 1987).

Como de *La obra de Germán Arciniegas desde la perspectiva de sus contemporáneos* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990), como del que acaba de aparecer sobre Jorge Luis Borges: *Borges enamorado* (Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1999) a partir de la riqueza sugestiva, poliédrica, multifacética, de la obra literaria se abre un campo minado, en todos los sentidos. El de política y moral. Allí donde los cristalinis espejos insondables de la creación literaria se confrontan y refractan con realidades que parecen ajenas pero que al asumirlas o negarlas modifican el cuadro.

La relación, por ejemplo, de José Asunción Silva con Rafael Núñez en el marco de la Regeneración. La de Germán Arciniegas con las dictaduras en América Latina, de Rafael Leonidas Trujillo en la República Dominicana a Laureano Gómez, Roberto Urdaneta Arbeláez y Gustavo Rojas Pinilla, en Colombia. La defensa de Gabriel García Márquez de la revolución cubana, en medio del debate del caso Padilla, y los cuestionamientos que desde diversas orillas formulan colegas suyos como Mario Vargas Llosa o Guillermo Cabrera Infante. Por ello investigar sobre su obra no sólo era preguntarnos por la música vallenata, la poesía de Rubén Darío o nuestras guerras civiles, sino asumir, a través de las palabras de un texto de Jorge Edwards, como:

Gabriel García Márquez piensa que no deben publicarse verdades molestas sobre la Unión Soviética o sobre Cuba, porque esos países pertenecen, a juicio suyo, al bando progresista del mundo actual. [...] Yo no pienso así —arguyó Edwards—. Pienso que deben denunciarse las injusticias y las arbitrariedades de todos lados,

vengan de donde vengan. Lo demás sólo permite el aumento de la injusticia, de la arbitrariedad creciente del poder

como decía en una nota de 1982, incorporada ahora a *Gabriel García Márquez: testimonios sobre su vida, ensayos sobre su obra*.

Rescatar esas páginas; enmarcar esos debates; hacer accesible la pluralidad democrática de los diversos puntos de vista, es también deber del investigador. Termina por pensar contra sí mismo, en la paulatina adquisición de un saber crítico, que pone en duda sus certezas, sus cosificadas imágenes. Lo “práctico-inerte” de que habla Sartre.



Piensa y duda, entiende y afirma, niega y calla, quiere y no quiere, siente e imagina. Hoy tenemos un sólido acopio documental para saber cómo la visita de Borges al Chile de Pinochet y su elogio lugoniano a la hora de la espada impidió que se le diese el premio Nobel. Pero también tenemos la intuición irrefutable que su obra literaria terminará por traspasar esas tristes y dolorosas querellas, si la justa ley de la ciudad condena ya seguramente al dictador detenido en Londres, ello no impedirá la también justa transcendencia en el tiempo de las a veces atroces e implacables fábulas con que Borges esclareció un destino que lo menos que puede llamarse es duro. El destino de un ciego que ya no lee o investiga sino que crea y fabula, rey omnímodo de su arbitrario reino de ficción tan parecido a la realidad. No es de extrañar, entonces, que Borges, como varios otros, haya imaginado el Paraíso bajo la forma de una Biblioteca. Esa Biblioteca que leemos en sueños, dor-

midos o despiertos. Ese trazo incandescente con que desde el primer libro que abrimos la lectura nos hace partícipes en el debate del mundo². Por ello mi último libro de ensayos se titula, como era de suponer: *Desocupado lector* (Bogotá, Temas de Hoy, 1996). Después de tantos libros, el consolador silencio de la poesía.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

1. Un claro resumen de "La singularidad de Schopenhauer como escritor y filósofo", lo da Danilo Cruz Vélez en su libro *Tábula rasa*, Bogotá, Planeta, 1991, págs. 169-184.
2. Todo ello debe verse dentro de la herencia de la Ilustración y el balance de su legado, como con tan graciosa agudeza lo ha hecho John Gray en su delicioso librito sobre *Voltaire* (Bogotá, Norma, 1999): "A la retirada de la religión tradicional no le ha seguido ningún avance en la racionalidad. El prestigio de la ciencia no se ha convertido en un obstáculo para el pensamiento mágico. Las últimas sociedades modernas abundan en ocultos y milenarios cultos" (pág. 70).
Leer, investigar; crear, fabular: Claudia Restrepo, de Comfama, en Medellín, y Fernando Zalamea, de la Universidad Nacional, en Bogotá, me pidieron un testimonio, muy personal, de mis aficiones de lector y de supuesto investigador literario. En el segundo caso, dicho testimonio formaba parte de un ciclo realizado en el último trimestre de 1999 en el cual participaron Manuel Elkin Patarroyo, Salomón Kalmanovitz, Jorge Orlando Melo, Rogelio Salmona y Guillermo Páramo.

Concursos

IX Certamen Internacional *Surcos de Poesía*

El Colectivo Surcos de Poesía, la Caja de Ahorros San Fernando y el Excelentísimo Ayuntamiento de Coria del Río convocan el IX Certamen Internacional *Surcos de Poesía*:

Bases

1. Podrán participar escritores de cualquier edad y nacionalidad.

2. Las obras presentadas serán originales e inéditas, escritas en castellano, que no hayan sido premiadas en otros certámenes, ni hayan sido objeto de traducción ni de adaptación de otras obras, ni esté comprometida su publicación.
3. Habrán de ir mecanografiadas a doble espacio, debidamente cosidas, grapadas o encuadernadas, y se presentarán por quintuplicado, firmadas con un lema o seudónimo situado bajo el título de la obra, que deberá hacerse constar en un sobre pequeño en cuyo interior figuren los datos personales, teléfono y domicilio del autor.



4. La extensión de los trabajos será de un mínimo de quinientos versos.
5. El tema del poemario será libre, así como su composición.
6. El certamen estará dotado con un premio de 3000 euros y el 10% de ejemplares de la publicación de la obra.
7. Los trabajos deberán remitirse, antes del 21 de marzo de 2004, a la siguiente dirección: IX Certamen Internacional *Surcos de Poesía*, Apartado de Correos 116 41100 Coria del Río (Sevilla).
8. La obra galardonada será publicada por la editorial Renacimiento.

El jurado estará compuesto por reconocidas personalidades del panorama de las letras españolas.

9. El fallo del jurado tendrá lugar la primera quincena de junio del mismo año. Será inapelable y podrá declararse desierto.
10. No se mantendrá correspondencia con los autores de los poemarios presentados, que serán destruidos a los diez días siguientes al fallo.
11. La presentación de los trabajos a este IX Certamen Internacional *Surcos de Poesía* implica la total aceptación por sus autores de las presentes bases.

V Concurso de Relatos *El Melocotón Mecánico*

Bases

1. Puede optar al premio cualquier narración inédita en castellano que contenga elementos fantásticos en su estructura, así como cualquier narración que pertenezca a los géneros de ciencia ficción, terror, o fantasía. Los originales serán admitidos en español e inglés.
2. Cada participante podrá concursar con un número máximo de dos relatos. Éstos deberán presentarse en un sobre por duplicado, en tamaño A4, escritos a máquina o por impresora, y de ser posible deberá adjuntarse un disquete que contenga el relato en formato Word para Windows o texto estándar.
3. Los relatos no podrán superar en ningún caso las treinta páginas, escritas a doble espacio y por una sola cara.
4. Sólo se devolverán los originales recibidos si el autor así lo indica expresamente.
5. El autor firmará su(s) obra(s) con un seudónimo y deberá adjuntar un sobre cerrado con los siguientes datos: nombre completo; DNI; edad; dirección completa; teléfono y di-